

POLEMICA DE LOS DOS MUNDOS HOSTILES

EISENHOWER, HOOVER Y LA TECNICA DEL PARAPETO

Un ilustre colega extranjero, conocedor de los muchos puntos vulnerables que ofrece nuestra pobre dialéctica, oponía recientemente determinados reparos, más en sentido de petición aclaratoria que de sustancial disentimiento, a una tesis que hemos formulado y que incluso encontró un cierto eco aprobatorio. Digamos, una vez más, en qué consistía nuestra versión interpretativa de la política internacional y qué clase de medidas orientadoras brindábamos para penetrar en sus muchos entresijos. Decíamos, sencillamente (y perdone el lector de estos CUADERNOS la reiteración a que nos obligan los reparos aludidos), que los llamados a encauzar y dotar de contenido la política internacional de un país habrían de medir indefectiblemente sus aciertos o sus errores, según supiesen conjugar o no adecuadamente los dos elementos básicos de toda dinámica política internacional, a saber: factores de carácter necesario, respecto de cuya proyección es inútil todo ademán de prescindencia, y elementos maleables, que, por serlo, pueden ser adecuadas coyunturas, manipuladas certeramente. Acópliar ambos elementos representa el acierto; desdeñar uno de tales contenidos para anteponer el otro, conduce irremediamente a un callejón sin salida. La objeción aludida se nos oponía, más o menos, del siguiente modo: suponiendo que constituya un acierto esa interpretación del contenido plural de la política internacional, sería preciso, como factor complementario, primero, caracterizar, con arreglo a su contenido, ambos factores y, una vez realizada esa previa labor de fijación, proporcionar normas para ver de lograr su deseable equilibrio. Tal es el reparo al cual nos proponemos dar respuesta seguidamente.

Una política internacional, valorada con arreglo a una dilatada perspectiva histórica, puede ser continua o discontinua, pero continuidad o solución de continuidad no constituye un valor en sí mismo, ya que la persistencia puede obedecer a una posición firmemente apoyada en consideraciones de índole geopolítica o a una obsesión padecida y respaldada de modo sistemático, aun a riesgo de caer en paralizantes anacronismos. La primera sería una política internacional de certero instinto; la segunda, una obcecación que, a medida que se prolonga, sitúa a quien la apuntala en una posición cada vez más inestable. Si lo anterior es evidente, resultará que ya disponemos de un elemento aclaratorio a tenor del cual la eficiencia y oportunidad de una política internacional no ha de medirse por su persistencia, sino por el contenido biológico de la misma. Ello porque una política internacional puede practicarse con base de rectificaciones, pero teniendo éstas un indudable valor de construcción y aun de fortalecimiento; si, por el contrario, la preside la rigidez sistemática, le falta el margen y la elasticidad, elementos adecuados y capaces de vitalizarla. Así resulta que la obsesión en el mantenimiento de normas inflexibles y desactualizadas conduce a la perplejidad; igualmente, un puro empirismo lleva de la mano a la aceptación de rectificaciones sucesivas, no introducidas con arreglo a una sistemática preestablecida, sino practicadas de modo emergente, cuya prolongación conduce al desvarío. Más de un ejemplo del fenómeno apuntado puede encontrar el atento observador de la actual realidad internacional. De ahí que la continuidad en política internacional, si ha de ser algo más que un ademán desprovisto de contenido, precisa ser nutrido por la manipulación adecuada de ingredientes de tipo permanente y de factores adaptados a las exigencias de la realidad. Sospechamos que si nos atenemos a las observaciones consignadas no resultará imposible adentrarnos en las complejidades del actual momento internacional sin sufrir la angustia del que avanza sin ser portador de un rumbo aquietador. En este sentido de lo contingente en política internacional, cada época se nos ofrece con una fisonomía singular o, si se prefiere, con síntomas específicos. Caracterizar dicha sintomatología constituirá antecedente imprescindible para formular lo que en términos médicos se denomina diagnóstico diferencial. ¿Cuáles son esos síntomas, perceptibles en el momento presente? Ensayemos su enumeración para después intentar la fijación de su contenido.

El panorama mundial, en esta hora dramática y acaso prebélica, se nos ofrece con dos síntomas que reputamos de específicos: complejidad por consideraciones extensivas y complejidad en medida intensiva; dicho en otros términos: la prolongación de los problemas pendientes de solución nos conduce fatalmente a su ampliación en el espacio y a su agudización acuciante y peligrosa. De ahí que el hombre, situado ante esa coyuntura, corra el evidente riesgo de caer en la confusión y viva la creencia de que marcha, fatal e irremediabilmente, hacia un desenlace cruento. El anticipo de tal epílogo encierra un evidente riesgo, el de que en vez de prepararnos para la coyuntura dramática entrevista, impulsados por un sentido fatalista, caigamos en la inacción, engendrada por la paralizante proyección de lo que reputamos como insoslayable. Ese estado de espíritu vive actualmente en muchos medios europeos y en medida más acentuada en aquellos sectores del viejo mundo, más próximos topográficamente al drama que tanto se vaticina. Sólo así puede explicarse que pueblos de tan clara y brillante tradición militar como Alemania se sientan cada vez más atraídos por un sentimiento pacifista que a muchos sorprende. Por eso la conveniencia de proyectar un poco de luz sobre ese confuso panorama internacional, habida cuenta de que la confusión y su secuela, la indecisión, constituyen armas adecuadas que, si son hábilmente manejadas por los propugnadores de la guerra fría, deparan a sus manipuladoras una evidente e inquietante arma dialéctica y una coyuntura carente de plural.

Vengamos al análisis de la primera de las normas exegéticas citadas y a tenor de la cual la prolongación de una interrogante o una inquietud, en el orden del tiempo, implica fatalmente su extensión en el espacio y la ampliación del área donde vive la inquietud y la perplejidad. Se trata de un fenómeno registrado y percibido, pero no debidamente valorado, y creemos vale la pena de intentar su caracterización, tanto más cuanto que, como intentaremos probar, es éste uno de los síntomas específicos del actual período prebélico. El fenómeno que denominaremos de extensión nació en el curso de la primera guerra europea; hasta entonces no constituía indiscutiblemente realidad. Algunos ejemplos pueden aclarar la afirmación que precede.

Una serie de guerras a lo largo del siglo XIX y en los primeros años del siglo XX pudieron ser localizadas. Recordemos, entre otras, la guerra de Crimea, reducida a la península de tal nombre. La guerra

ruso-turca de 1877 a 1878 (pese a que en la misma podía decidirse algo de tanta gravedad y trascendencia como lo era la posible instalación de Rusia en el Bósforo y en los Dardanelos, con todas las abultadas consecuencias que tal instalación implicaría para el mundo de Occidente y que daría al traste con el tambaleante equilibrio europeo, mantenido siempre a fuerza de sutilezas y habilidades diplomáticas), pudo ser localizada y traído su epílogo al Congreso de Berlín de 1878. La guerra ruso-japonesa, pese a que los contendientes estaban respectivamente ligados a tratados de alianza con Francia e Inglaterra y que en el Yalu y en Tushima iba a decidirse el destino del panasiatismo ruso, no excedió de lo que pudiéramos denominar su presumible área espacial. Esa experiencia de localización, que se prolongó a lo largo de un siglo de historia, tuvo su última manifestación en las guerras balcánicas de 1912 y 1913, que pudieron ser realidad sin implicar su extensión a países del occidente europeo o a Rusia, unos y otros visiblemente interesados en aquello que equivalía a una liquidación de la herencia otomana en tierras europeas. Ese ha sido el último e improrrogable capítulo histórico registrado a lo largo de un siglo. Una nueva etapa de experiencias va a inaugurarse cuando un estudiante serbio, en Sarajevo, pone fin a la vida del Archiduque Fernando. En otro ambiente histórico, posiblemente ese hecho no hubiese implicado las consecuencias que tal atentado político supuso. No fué posible limitar el conflicto a Servia y Austria. Sobre esa primera guerra europea, y relativamente a la responsabilidad achacable a sus supuestos promotores, muchas páginas se han escrito; pero acaso la única verdad que no podía abrirse paso entre la maraña pasional de los contendientes, era que por encima de la voluntad de los dirigentes se había situado un inaplazable epílogo, engendrado por la acción coetánea de inclinaciones disidentes. Lo de Sarajevo pudo quedar reducido a un acto cruento y condenable, pero sin más alcance que el de un dramático episodio. Mas cuando se produjo, por haber sido realidad en una etapa europea inadaptable a la tesis de la localización de conflictos, engendró las consecuencias de todas conocidas. Ahora bien, una nueva etapa histórica, con su consiguiente sintomatología inédita, no puede realizarse plena e inmediatamente, y si es cierto que ya en 1914 se evidenció que los conflictos internacionales no podrían en lo sucesivo ser objeto de localización indefinidamente prorrogable, ello no obstante, como el nuevo período histórico se en-

contraba en su etapa inicial, aun resultó posible la nota marginal ofrecida por algunos pueblos europeos y asiáticos, que vivieron separados de la beligerancia, entre los años de 1914 y 1918. Así en Europa, ni España, ni Holanda, ni Dinamarca, ni Noruega, ni Suecia se vieron mezcladas en la contienda. Lo mismo puede decirse del Japón, que, aliado de uno de los beligerantes, intervino, más bien simbólicamente, en los meses iniciales de la guerra. Pero en 1939 el fenómeno extensivo, cuyo proceso genésico estamos analizando, se acentuó en términos que son de una evidencia que no precisa demostración. La neutralidad europea quedó reducida únicamente a España, Suiza y Suecia. Un ejemplo que nos parece altamente aleccionador, en lo que atañe a la inevitabilidad de la extensión bélica, nos lo depara la experiencia norteamericana. Los Estados Unidos, viviendo la vana ilusión de que ese fenómeno extensivo no había de alcanzar en sus repercusiones al Nuevo Mundo, quiso fortalecer dialécticamente su neutralidad, y mucho antes de que fuera realidad la guerra europea número dos (en los años de 1935 y 1937) votó sus leyes de neutralidad, intento inédito que sorprendió al mundo por su originalidad. Los Estados Unidos aun fueron más lejos en su afán de localizar un conflicto que se consideraba ya a la sazón inevitable en su extensión y quisieron incluso continentalizar la abstención, reuniendo las conferencias de Panamá—1939—y la Habana—1940—. Esa serie de parapetos ideados por los obstinados neutralistas norteamericanos resultaron impotentes frente a la proyección de una ley histórica (la de la extensión inevitable de los conflictos internacionales). La neutralidad europea, en la segunda guerra mundial, quedó reducida a tres países: España, Suiza y Suecia. Pero acaso donde la evidencia y agudización del fenómeno extensivo encontró más clara demostración fué en sectores del mundo que en la guerra de 1914 a 1918 habían vivido prácticamente al margen de la lucha. Nos referimos al Pacífico, que en la primera guerra europea ocupara una posición marginal y en la segunda conflagración pasó a primer plano, después del ataque a Puerto Perla. Una nación, hasta entonces soberana de los donosamente denominados mares británicos y antes mares libres, vió maltracho un buen sector de su área ultramarina y perdido lo que se consideraba muelle real del imperio británico—la base naval de Singapur—. El imperio colonial holandés, al margen de la primera guerra, no tan sólo fué ocupado por el enemigo en la segunda contienda, sino

que esa acción episódica significó la antesala de una alteración sustancial de estructura, naciendo los Estados Unidos de Indonesia. Así como el fin de la primer guerra mundial señaló, en cuanto alteraciones territoriales básicas, las operadas como consecuencia de la disolución del Imperio austro-húngaro, en la segunda posguerra India, Birmania, Pakistán, Ceilán, Indonesia y Filipinas nacían a la vida soberana y habían de actuar alguna de ellas en la O. N.U.—como lo enseña su acción respecto del pleito coreano—con absoluta independencia y hasta con disparidad respecto de Inglaterra. Igualmente debe incluirse entre esas manifestaciones extensivas la experiencia de la Comunidad de Naciones británicas, la cual, pese a que en su reunión de Londres del mes de enero, ha querido ofrecer la sensación de que en su seno perdura, si no la unidad, cuando menos una aquiescencia dentro de la diversidad, ello no fué obstáculo para que respecto del pleito coreano los votos de Indostán no coincidiesen con los de Nueva Zelanda y Filipinas. Nótese que estas disparidades se dan a propósito de una organización indudablemente dotada de coherencia, cooperación que en el orden económico se manifestara a través de las reuniones celebradas en Colombo (9-14 enero 1950), Sydney (15 mayo) y Londres (septiembre). Precisamente esas notas en cierto modo contradictorias, de cooperación y de disensión, constituyen un nuevo síntoma del fenómeno extensivo a que venimos aludiendo.

Todas estas alteraciones en la estructura del mundo y todo ese inquietante problema de repercusión y extensión no fueron debidamente valorados cuando finalizó la guerra mundial número dos. Baste, a este propósito parangonar lo que fueron propósitos iniciales de Mac Arthur al ocupar el Japón y sus recientes manifestaciones consignadas en el Mensaje de 1951 al pueblo japonés, no sólo prometiéndole la pronta reinstalación de su soberanía, sino señalándole un papel de primer plano en la organización tendente a restablecer el equilibrio de fuerzas en el mundo asiático. Esa confirmación de cambio radical de conducta, rectificaciones hijas de falta de capacidad previsora, la encontramos igualmente reflejada en la posición del general Eisenhower, en lo que atañe al problema alemán. El general norteamericano dijera en 1945: «No venimos aquí como liberadores, sino como vencedores.» Tal frase de Eisenhower no representaba, en esencia, más que un reflejo a una versión de aquel criterio, miope e inexplicable, de Roosevelt cuando avaló

la tesis (cuya genealogía no ha sido aún debidamente fijada) de la «rendición incondicional». Ahora se intenta rectificar el error, no con la prudencia y el vagar del que ha tomado posiciones preventivas respecto de un porvenir que no es portador de grandes sorpresas en sus entrañas, sino invirtiendo los términos de la reacción, alteración sustancial no menos perniciosa que el error originariamente padecido y que después, emergentemente, se trata de eliminar. Recordemos a este propósito cómo el Pentágono, al cual está ligado Eisenhower por su misión, en fecha tan próxima a nosotros como lo fuera el mes de octubre de 1950, creía que la defensa de Europa habría de realizarse, no precisamente llevando a sus últimas y lógicas consecuencias las prescripciones del Pacto Atlántico y acelerando el rearme de los signatarios europeos de dicho convenio (especialmente Francia e Inglaterra), sino construyendo el sistema defensivo europeo, apoyado en el presupuesto del rearme masivo de los efectivos militares norteamericanos de ocupación y en confiar a un ejército alemán, reconstruido, la tarea de colaborar, en plano destacado, en la defensa de Europa. Parecía natural que respecto de un problema tan inaplazable y trascendente como lo es el de la defensa del mundo occidental, no resulte prudente adentrarse en el camino de las rectificaciones, retoques sustanciales, que si a alguien favorecen ha de ser a los patrocinadores de la guerra fría, cuya eficiencia ha de encontrarse, más que en la supuesta y atribuida astucia dialéctica de sus propugnadores, en la desorientación de aquel sector, cuya misión en los decisivos momentos actuales ha de dirigirse a la obtención de una coherencia que, debidamente practicada, produciría la asfixia de la guerra fría.

Que el rearme alemán constituía, caso de ser llevado a sus lógicas consecuencias, el antídoto de la guerra fría, lo evidencia la reacción rusa, tendiente a incrementar la confusión en sus desavenidos y desorientados oponentes, sugiriendo una nueva reunión de los cuatro grandes para examinar una vez más y acaso con idéntico resultado negativo de pasadas reuniones los problemas que distancian al Este del Oeste, ya que seis años de posguerra evidencian que no son episódicos ni eliminables por la acción del tiempo, antes bien el tiempo, al sucederse, implica su inevitable agravación. Esa iniciativa rusa constituye el carburante que se considera oportuno arrojar sobre la hoguera de la confusión que hoy padece el mundo occidental.

Lo cierto es que ahora se ha rectificado plenamente; pasó a segundo término el problema del rearme alemán; no es que se haya decidido su definitiva eliminación, ya que la futura historia de Europa no será dable construirla persistiendo la inacción y el marginalismo alemán, pero se ha aplazado *sine die*, alegando como causa explicativa del aplazamiento lo que ya era realidad desde 1945, a saber, que Alemania, en cuanto unidad, no existe actualmente y que la amputación de lo que será un día IV Reich, determinada por el trazado fronterizo de 1947 de la línea Oder-Neisse (que implica la pérdida para Alemania de tierras tan indiscutiblemente germanas, como lo son la Prusia oriental, la Silesia y la Pomerania) no depara a Alemania en realidad más que dos posibilidades epilogales: o bien que unos alemanes se armen frente a los otros—los del Este frente a los del Oeste—, o bien—proyecto que cuenta en Alemania con un abultado ambiente popular—que Alemania pase a ser un Estado-tapón entre el Oriente y el Occidente, con la garantía de las potencias ocupantes o de las Naciones Unidas, solución esta última que cuenta explicablemente con el apoyo ruso, ya que de ese modo la U. R. S. S. eliminaría el para ella problema inquietante del rearme alemán, que daría al traste con sus proyectos de alcanzar la comunización del mundo germano. El sólo hecho de que tales propuestas hayan sido formuladas, da idea de la desorientación del mundo posbélico, porque, sea cual fuere el destino de Europa, lo que nadie puede discutir es que si resulta posible neutralizar la República de San Marino o el Principado de Lichtenstein, parece monstruoso intentar siquiera la neutralización de un pueblo, tan cargado de protagonismo histórico, como lo es el alemán, convirtiéndolo en una especie de *no man's land* e ignorando que, aun instalada esa lámina aisladora en el centro de Europa, ello en nada afectaría al problema de la irresistible e insoslayable propensión rusa hacia la expansión, que viene determinada, no sólo por la voluntad de un reducido número de dirigentes rusos, sino aun en mayor medida por la propia lógica del imperialismo comunista, cuya realización plena y aspiraciones finalistas no alcanzarían la condición de realidad en tanto el mundo no fuese comunizado en su integridad. Aun suprimiendo la nota adjetiva del actual imperialismo ruso—el comunismo—, Rusia no podría hurtarse a los efectos de una ley inexorable a tenor de la cual la anexión impuesta y coercitivamente alcanzada no depara seguridad al que la consume, sino que

constituyese insoslayable incentivo para agregar más áreas espaciales a la ya lograda mediante el empleo de la coacción y la violencia. La historia nos enseña que ése y no otro tiene que ser el epílogo de todos los imperialismos.

No es alarmismo, ni derrotismo, ni nihilismo lo que nos lleva a pensar en la inevitabilidad del choque entre el Este y el Oeste, en tanto uno y otro sostengan puntos de vista desemejantes y no renunciables, a no ser que el Oeste, en plena guerra fría, pueda atenuar el desequilibrio de fuerzas hoy existente en ambos sectores de Europa. Si alguna duda pudiera existir sobre la pertinencia de dicho diagnóstico, permítasenos citar alguna de las apreciaciones respaldadas por el general Eisenhower a su regreso de Europa, en el discurso dedicado al pueblo norteamericano, discurso que hasta el presente no fué analizado y valorado debidamente y que aún está esperando una versión clara del mismo. Lo propio podemos decir a propósito de las manifestaciones de Eisenhower ante el Congreso de Wáshington el 1 de febrero de 1951. Como veremos seguidamente, de las manifestaciones de Eisenhower se deducen dos consecuencias de abultada trascendencia: 1.^a Que a Europa y al mundo en general le ha tocado vivir una etapa, cuya prolongación en el tiempo no es de posible fijación, a lo largo de la cual la tranquilidad no será alcanzada y solamente será dable vivir en actitud de constante vigilancia. 2.^a Que frente a esa realidad no le resta al mundo extrasoviético más posibilidad que la de atenerse a la práctica de la política de contención, de que hablara insistentemente Truman; política determinada por la circunstancia de que quien se sitúa en posición abiertamente defensiva carece de iniciativa y debe, por tanto, vivir a expensas de quien, como posible agresor, es el único en condiciones de fijar el día y hasta la hora de la ofensiva. Ambas deducciones —parece innecesario decirlo— concurren en el sentido de alimentar dialécticamente ese peligroso confusiónismo mental que se ha adueñado tanto de Europa como de los Estados Unidos, y que constituye uno de los más graves y visibles achaques del mundo occidental.

Prestemos atención, ante todo, a las siguientes manifestaciones del General Eisenhower, que extractamos sin alterar su esencia ni afectar a su destino internacional, esquematizadas del citado discurso pronunciado ante el Congreso de Wáshington.

Ante todo, limitación de la acción norteamericana en el orden del

espacio, no de un sector previamente delimitado, sino perfilada a impulso de las circunstancias y de las exigencias de la peligrosidad internacional: «No creo que los Estados Unidos puedan llevar sobre sus hombros todas las cargas económicas, financieras y materiales. Si vamos a trabajar con otras naciones, debe haber cooperación. El resultado de esos esfuerzos será el bien común y la común seguridad de las naciones del mundo libre.» Tras sostener que Norteamérica en modo alguno puede desinteresarse del problema europeo, agrega que ello no quiere significar que la fuerza militar de Norteamérica se centre y acumule en Europa. «No podemos concentrar nuestra fuerza en un solo sector, aun cuando sea tan importante como el de Europa occidental. Debemos contar aquí con una reserva grande, móvil, poderosa, lista para defender nuestra política, nuestros derechos y nuestros intereses donde quiera que se vean en peligro.» Ahora bien, esos sectores de peligro, que no pueden determinarse *a priori*, brotarán como consecuencia de la iniciativa del enemigo, que, disponiendo de un amplio frente interior, desde Murmansk hasta Noruega, está a su alcance el concentrar la ofensiva, dialéctica o de guerra fría, en una u otra dirección. «Debemos aceptar ahora y siempre la desventaja que militar e internacionalmente supone el estar dedicados a un propósito exclusivamente pacífico y defensivo. Un agresor escoge el día que le parece para dar el golpe y dirige todos sus esfuerzos hacia esa finalidad. Nosotros hemos de proyectar un sistema que podamos defender durante los próximos veinte, treinta años o más, si fuese necesario, mientras siga existiendo en el mundo la amenaza de la agresión. Quiere decir que debemos estar preparados en todo momento, que uno de los instantes más trascendentes es el de hoy, el de ahora o el de cualquier día a partir de hoy.»

De las palabras de Eisenhower, que no son ni frívolas ni improvisadas, sino cuidadosamente medidas, a impulso de un claro sentido de responsabilidad, interpretadas con la máxima honestidad dialéctica, tenemos que deducir lo siguiente: los próximos veinte o treinta años de historia pueden ser, en el mejor de los casos, seis lustros de tregua, pero la tregua no puede ser un fin en sí; constituye el antecedente de un conflicto y excluye, por definición, la estabilidad pacífica. De modo que Eisenhower viene a apropiarse aquella visión de la vida que había perfilado Mussolini en las bien simbólicas palabras de «vivir peligrosamente». Esta tregua, que se nos brinda como mal menor, no es semejante

al período histórico que Europa vivió bajo el signo de la paz armada. La diferencia, no tan sólo es evidente, sino que el destacarla puede constituir, en estos instantes dramáticos del mundo, un motivo de aleccionamiento.

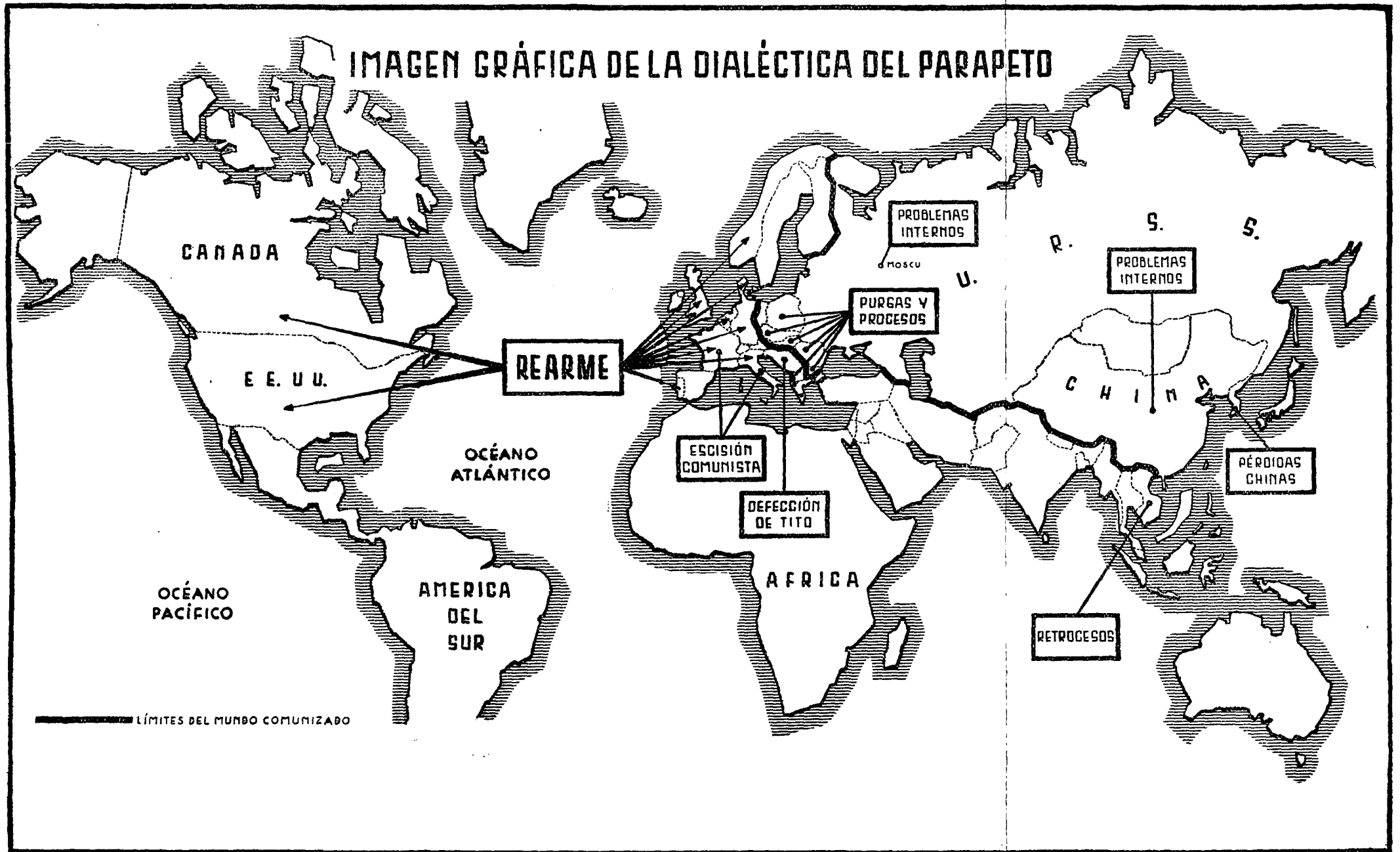
El sistema europeo de la paz armada, por lo menos en su período epilodal, es decir, después de ser realidad consumada primero la triple alianza y posteriormente la Entente Cordiale, antecedida de las alianzas anglo-nipona y franco-rusa y subseguida del acuerdo anglo-ruso de 1909, se nos ofrecía con los siguientes caracteres: posibilidad de limitar *a priori* su proyección en el espacio; la triple alianza había de actuar en dos frentes: uno al Este, otro al Oeste; esta circunstancia bifrontal, inescusable, proyectaba su influencia en sentido disuasorio en lo que atañía a posibilidades ofensivas. Al propio tiempo, los frentes de coalición, por responder a tratados de alianza, libremente consentidos, no eran tan coherentes, tan irreplicables, como lo es actualmente el mundo por Rusia satelizado, dentro de cuyo seno sólo se depara libertad en un sentido: para acatar sumisamente las órdenes de Moscú. Frente a esa línea rígida y sin fisuras, la interposición de un océano dentro de la comunidad atlántica, sin que se nos ofrezca una clara coincidencia respecto tanto a los fines que deben perseguirse cuanto al camino que debe recorrerse para alcanzar esa meta coincidente. Esas notas diferenciales las apuntamos no sólo para ofrecer al lector una modesta prueba de nuestra capacidad de distinguir, sino para que se comprenda cuánto más compleja y a cuánto más obliga la posición de un elemento director, como lo es actualmente Eisenhower, que la misión señalada a los hombres de Estado en el período estable de la paz armada.

De la tesis que ahora se esgrime en Norteamérica, coincidente con la versión de Eisenhower, indúcese que habrá de pedirse, tanto a los Estados Unidos como a la Europa occidental, sacrificios enormes, en medida acaso desconocida hasta el presente. De tal magnitud es el empeño, requiere tal suma de energías y tan clara decisión, que se teme si tal esfuerzo puede poner en peligro la estabilidad político-social de los pueblos llamados a realizarlo, posibilidad de colapso económico, que si a alguien puede beneficiar es a Rusia, que verá en ese posible, aun cuando no inevitable epílogo, el ambiente adecuado para alcanzar la ecumenización del comunismo. Ahora bien, por decidida que sea la capacidad de sacrificio y la vocación de trabajo de los pueblos occiden-

tales, ya que no seguridades respecto del futuro, debe proporcionársele a Europa asidero para sus esperanzas respecto del porvenir y no brindarle únicamente la idea del sacrificio, para vivir en constante vigilia y arma al brazo durante un período que, temporalmente, nadie puede delimitar en la hora presente. Ese aspecto encierra tan alto valor, que el propio Eisenhower se cuida de señalarlo inequívocamente al decir en su discurso ante el Congreso de Wáshington: «Voy a referirme por un momento al problema moral. Nadie puede defender a otra nación. La verdadera defensa de una nación está en su propio espíritu. No puedo concebir que los Estados Unidos consintieran en aceptar la responsabilidad del mando en la Europa occidental, si no hubieran tenido el convencimiento de que Europa haría el máximo esfuerzo para llevar el propósito a buen fin y que se daría cuenta de que los Estados Unidos no son un Atlas dispuesto a llevar toda la carga sobre sus hombros.» Esa fuerza espiritual, motor imprescindible en todo propósito defensivo, excluye, por tanto, la participación en el esfuerzo de cuantos no compartan la misma inquietud. Eisenhower insiste en este aspecto sustancial del problema, al referirse al problema alemán pendiente de solución, al decir: «Como comandante en jefe no deseo, ciertamente, contingentes sin voluntad en ningún ejército bajo mi mando.» La unidad ha de ser, por tanto, resultante de una coincidencia acatada y consentida; es la diferencia fundamental que existe entre unidades impuestas coercitivamente, que siempre llevan en sus entrañas un elemento potencial de inquietante peligrosidad de dispersión y aquellas otras que, voluntariamente aceptadas, encuentran en esa cooperación libremente aceptada su fortaleza. Eisenhower lo hacía notar al decir: «Gracias a nuestro acierto, manteniendo la fuerza adecuada sobre el mar y sobre el aire, tenemos acceso a las materias primas que necesitamos. ¿Por qué, pues, nos van a asustar las dictaduras? Por una razón solamente: porque tienen unidad de propósito. Unidad, es cierto, lograda por la fuerza, por la ignorancia y por la N. K. W. D. Lo que tenemos que llevar a cabo, lo único que tenemos que hacer, es enfrentarnos a esa unidad con otra de tipo muy superior: la unidad de los hombres libres que no quieren ser derrotados.»

Todas las consideraciones precedentes no deben apartarnos de la cuestión esencial, que formularemos del modo siguiente: ¿qué suerte de estímulo y que motivos de esperanza y de doblar el cabo de la

IMAGEN GRÁFICA DE LA DIALÉCTICA DEL PARAPETO



Cree Eisenhower que construyendo un parapeto en la zona periférica de la URSS, ésta se derrumbará, corroída por sus achaques internos. De ahí que tras el parapeto pueda practicarse el sistema del "wait and see". En el gráfico se enumeran y señalan con flechas los factores de descomposición.

actual tormenta ecuménica ha de ser ofrecido al mundo libre para que consienta en la adopción de sacrificios que van a serle impuestos durante un período de tiempo que no puede determinarse de antemano? Desde luego no puede decirseles a esas naciones que van a trabajar duramente y padecer cruentas restricciones para tan sólo asegurarles el día en que viven, pero ignorando lo que puede portar en sus entrañas el día subsiguiente, que acaso traiga consigo la temida ofensiva del potencial y previsible enemigo. No habría mejor alimento para el derrotismo, el neutralismo, la inhibición o el conformismo como reacciones presumibles ante la certeza de un epílogo que se valora como inevitable. Esos riesgos están implícitos en las siguientes palabras, pronunciadas por Eisenhower en su tantas veces citado discurso ante el Congreso de Washington: «Aun cuando los esfuerzos del plan Marshall han sido realmente importantísimos y decisivos para la defensa de Europa y para su rehabilitación parcial, sería falso y ocioso decir que en muchos sectores de la sociedad europea no existe un pesimismo rayano en derrotismo.» Estas palabras, con ser graves, no constituyen la parte más acentuadamente dramática de las aseveraciones de Eisenhower. Lo más preocupante encuéntrase reflejado en las siguientes afirmaciones, parte del discurso pronunciado ante los oyentes norteamericanos por el general Eisenhower el 2 de febrero de 1951: «Nuestra esperanza se apoya en la paz, basada en el entendimiento. No debemos perder la fe en que tal paz sea alcanzada. La fuerza norteamericana puede impedir la aparición de aprensiones de tipo histérico respecto del futuro. Buscamos la paz. Nadie puede honestamente interpretar nuestros preparativos en otro sentido. Estamos enfrentados con un imperialismo agresivo, que en más de una ocasión evidenció su implacabilidad respecto de los gobiernos libres. Por ello queremos construir un parapeto tras el cual pueden vivir nuestras libres instituciones. Esta valla ha de mantenerse hasta que el imperialismo comunista muera víctima de sus propios peligros internos.»

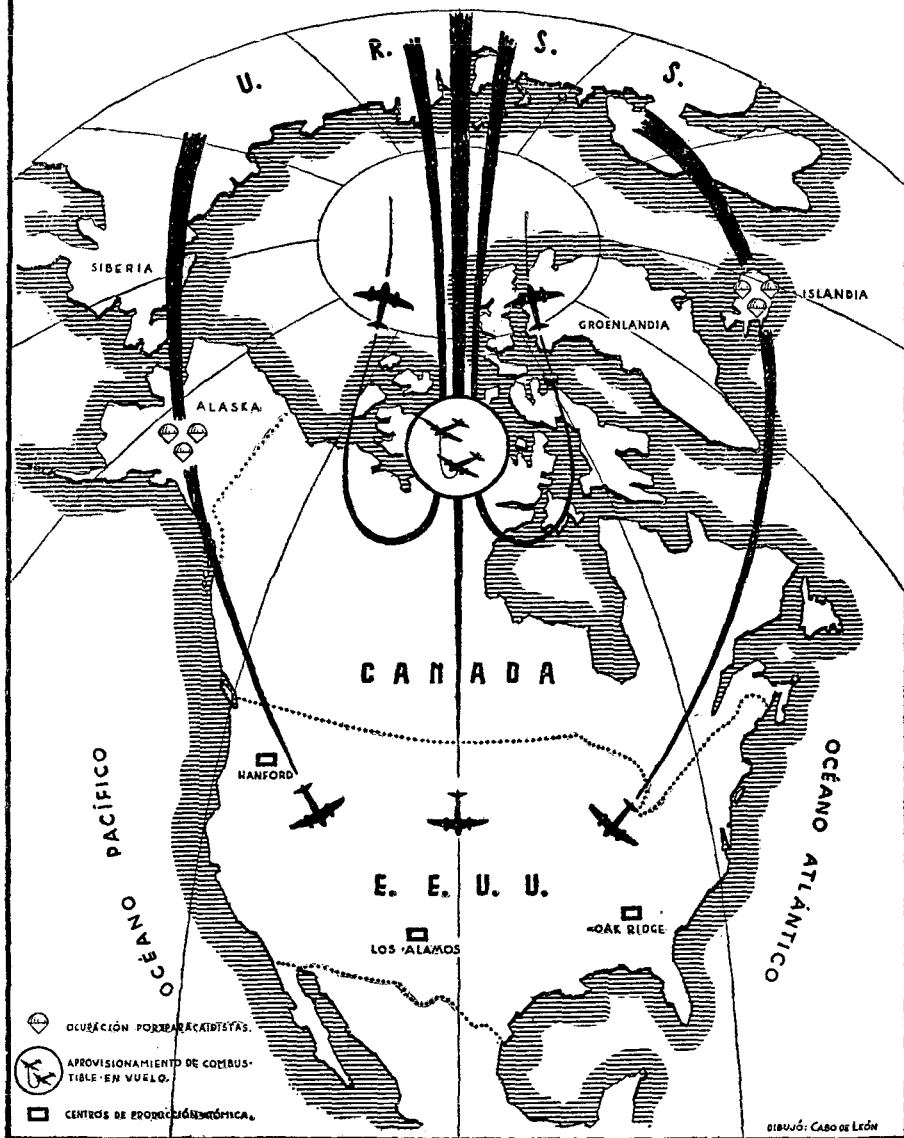
Si el lector recapacita respecto a lo que significan las palabras de Eisenhower, reproducidas en la parte final del párrafo citado, podrá deducir que la imagen brindada por Eisenhower ni es original ni parece destinada a proveer de esperanza a los llamados pueblos libres. Recuérdese que en los años subsiguientes a la primer guerra europea se había propugnado la táctica del cordón sanitario o del alambre de

púas, de que hablaban los franceses, respecto de Rusia. Los propugnadores de tal sistema de bloqueo alegaban que Rusia, aislada del resto del mundo, perecería por asfixia y que el régimen comunista registraría su irremediable ocaso. La predicción no se cumplió. Bien al contrario, la U. R. S. S., al saberse aislada del mundo exterior, del cual temía la contaminación, acentuó el aislamiento en el sentido de su autarquía, mediante el artilugio de los planes quinquenales; pugnó por bastarse a sí misma, creando así en el mundo una zona de inmenso vacío, cuya sola prolongación en el orden del tiempo significaba para el mundo extra-soviético un motivo de inquietud. Eisenhower nos habla de un parapeto, de una lámina aisladora, de un bloqueo cerrado, pero no percibe el general norteamericano que esa figura hermética es de imposible realización, ya que tal lámina aisladora sería inoperante respecto a lo que representa el virus filtrable del comunismo, cuya acción extrasoviética será realidad en tanto los partidos comunistas occidentales tengan existencia legal y constituyan así un adecuado receptáculo para practicar las normas, más o menos corrosivas o disolventes, que desde Moscú les sean dictadas. Rusia no sería así la fortaleza sitiada, ni el parapeto, la seguridad de su aislamiento, y, faltando ambos elementos, no tendría eficiencia la imagen de Eisenhower, apoyada en la desacreditada fórmula de «wait and see». Entre el sistema del cordón sanitario y la política de contención, que en esencia es lo mismo, se condiciona la tesis defensiva de Eisenhower. El sistema, además, encierra otro riesgo: el de un nuevo Rappallo, cuya instalación podría alcanzarse mediante un sistema de pactos en los cuales la U. R. S. S. ofreciese a Italia y a Francia seguridades a cambio de neutralidad prometida por dichas potencias occidentales.

Eisenhower, pese a su innegable capacidad para abarcar problemas de tipo complejo, quiéralo o no, le es imposible desprenderse de su condición de militar, y por ello pugna por identificar, como si se tratase de dos figuras semejantes, la estabilización de un frente castrense, con la fijación de un frente polémico; si lo primero es hacedero, lo segundo no puede reducirse a términos geométricos. A este respecto bueno será advertir que hasta el presente se viene hablando insistentemente del sistema de satelización practicado por Rusia, pero no se alude a sus esferas de influencia, que, topográficamente consideradas, caen fuera del área del mundo satelitizado. Bien se nos alcanza que

tales esferas de influencia no se compadecen con el criterio clásico de esa política extensiva, ya que las tradicionales esferas de influencia presuponian la existencia de dos condiciones, una convencional y la otra espacial; a tenor de la primera era preciso que un Estado reclamase el reconocimiento de una determinada esfera de influencia y que colectase el consentimiento de aquellos que podrían obstaculizar tal práctica de anexión indirecta; conforme a la segunda, si bien las esferas de influencia no tenían la condición de precisas, en lo que atañía a su delimitación, ello no obstante, esa indeterminación no era incondicional. Ahora—en esto radica la novedad—no se trata de esferas de influencia *in actu*, sino potenciales; dicho en otros términos, a lo que aspira Rusia más allá del telón de acero es a lograr que perdure la actual indeterminación jurídico-política de ciertos sectores del mundo, más o menos contiguo y próximo al sector ya satelitizado. Tal es el caso del Estatuto de Alemania y del Japón, pendientes de reglamentación desde 1945. Ello explica que Rusia propugne respecto de esos países de estatuto indeterminado la aplicación del plural sistema de neutralización y desarme. Así dispondría Rusia de una reserva espacial sobre la cual volcar su presión cuando las circunstancias le deparasen tal coyuntura. De ahí que el frente polémico no tenga ni pueda tener nunca los perfiles y la estabilidad del frente estratégico. Es lo que no percibió Eisenhower al propugnar la elevación de un parapeto, resguardo de imposible erección, si de antemano no sabemos cómo y dónde habrá de cimentarse. Rusia, en la reunión de los cuatro grandes (decidida cuando redactamos estas reflexiones), dirigirá todos sus esfuerzos a evitar que Alemania pueda ser incluida en el dispositivo occidental, prolongando así esa interrogante, prendida, desde 1945, en uno de los sectores europeos más agudamente neurálgicos. Así la U. R. S. S., si obtiene éxito en su empresa (y todo puede esperarse de la bien probada miopía de sus oponentes), habrá logrado prolongar la inestabilidad de Europa—antesala de la guerra fría—y al propio tiempo impedirá que el parapeto de que habla Eisenhower pueda ser realidad por no encontrar cimientos adecuadamente localizables. Esto aparte de que, hablando Eisenhower de parapetos en sentido genérico, nada se opone a que Hoover, al esgrimir la tesis de que hablaremos más adelante, considere que ese parapeto puede estar representado por el Atlántico, impedimento que Rusia podría difícilmente salvar.

POSIBILIDADES DE ATAQUES AEREOS RUSOS SOBRE NORTEAMERICA



Bien acertadamente enfocaba este problema el Presidente del Gobierno portugués, Oliveira Salazar, en declaraciones publicadas el 1 de marzo de 1951 por los servicios de la *United Press*. Las siguientes apreciaciones de Oliveira Salazar pudieran ser referidas a la tesis del parapeto que estamos analizando: «Estoy lejos de creer—decía Salazar—que los dirigentes rusos han desistido por ahora de ampliar *manu militari* la expansión de la sovietización a Occidente, y así deben entenderse las afirmaciones oficiales de que la potencia rusa no amenaza a Francia o a Inglaterra por ejemplo, y mucho menos a los Estados Unidos. En tal hipótesis sus objetivos inmediatos serían conservar bajo su dominio económico y político una línea, si fuera posible ininterrumpida, de Estados satélites y conseguir más allá de ella grandes espacios de neutralización y desmilitarización que aumentarían su zona de seguridad o constituirían para el futuro nuevos puntos de partida.» Si las palabras de Oliveira Salazar transcritas suponen un incuestionable acierto, lo que en las mismas más llama nuestra atención es su parte epilodal, donde Oliveira Salazar asigna a esa neutralización y desmilitarización por Rusia propugnadas un destino alternativo, considerándolas, bien como zona de seguridad, ya como puntos de arranque para expansiones futuras. No sabemos exactamente cuál es el sentido intencional de esas palabras, pero aun ignorándolo nos permitimos formular una advertencia: la seguridad, interpretada y realizada por una potencia que abriga propósitos de expansión, no puede ser estática, sino dinámica; es la tragedia final de todos los imperialismos, que había sido sagazmente entrevista por Maquiavelo, al sostener que el retener y conservar requiere el adquirir. De ello se induce que las zonas de seguridad que Rusia aspira a instaurar con el doble artificio de la neutralización y desmilitarización no responden a la condición estática de la imagen del parapeto de que nos habla Eisenhower; no es epílogo, sino capítulo en una trama de inclinaciones expansivas. Lo cual no obsta para que, necesariamente, entre dos tesis, una de expansión y otra de contención, deba, más tarde o más temprano, producir el choque, que puede diferirse, pero no eliminarse de modo definitivo. De esto se induce que la concepción, honestamente defensiva de Eisenhower, en definitiva, tiene que traducirse en acción ofensiva, a menos que se propugne como única solución, la bien desastrosa de complacencias sin límites para aquietar al agresor.

Pudiera decirse que Eisenhower no es un plagiador de la experiencia bloqueante de los años 1919 y siguientes. Para ello se arguye que el sistema del cordón sanitario se proponía lograr la desecación del régimen comunista ruso mediante un progresivo sistema de aislamiento, en tanto ahora Eisenhower no habla del fin del comunismo genéricamente considerado, sino del *imperialismo comunista*. De tal adjetivación pudiera deducirse que Eisenhower no propugna el fin del comunismo, sino el ocaso de su manifestación expansiva, y que, por consiguiente, no descarta la posibilidad de que el comunismo, despojado de sus ambiciones espaciales, pueda convivir con el mundo extrasoviético. Así, todo el rearme que ahora se sugiere, organizado en proporciones sin precedentes, rendiría dos frutos: uno próximo—eliminar el carácter imperialista del comunismo—y otro más lejano; pero al propio tiempo más aquietador—despojar al comunismo de sus inclinaciones proselitistas, sin límites en el espacio, dejando así incorporada al pasado una etapa de acentuada inquietud para reemplazarla por otra menos salpicada de sobresaltos.

Los que arguyen en el sentido precitado ignoran o fingen ignorar algo que es fundamental y que merece ser destacado seguidamente. El imperialismo de tipo comunista, que, prescindiendo de su contenido ideológico y ateniéndonos a su significación geopolítica, es de índole terrestre, seguirá necesaria e inevitablemente la trayectoria de los imperialismos de esta índole. Tal inclinación se traduce en la insoslayable consecuencia de extenderlo en el orden del espacio, construyéndolo a través de una cadena de sumisiones a un poder que por dictar no admite réplicas, ni siquiera leves disidencias. Por ello los pueblos a expensa de cuya anexión, coercitivamente alcanzada, se engrandecen los imperialismos terrestres, no pueden soslayar el dilema de la sumisión dolorosa o de la rebelión desesperada; su manumisión no se alcanza jamás avanzando en la senda de las concesiones crecientes, que pueden epilogar en la conquista de su total independencia, ya que el proceso que se registra es el inverso: pasar de la soberanía a la sujeción. Por otra parte, el imperialismo terrestre, como dijimos, no admite en su seno espacial ni disidencias ni objeciones; se mantiene mediante la coacción. Pero no es ésta la más acentuada de las tragedias con que se enfrenta el imperialismo terrestre, ya que todo cuanto es con él contiguo y pertenece al mundo libre constituye moti-

vo de suspicacia que sólo puede ser desterrada mediante nuevas agregaciones, y así, de meridiano en meridiano, se avanza camino de la etapa final, que no sería otra que la conquista del mundo. Así, pues, todo imperialismo terrestre, necesariamente anexionista, prescindiendo de la intención política de quienes lo patrocinan, tiende fatalmente a lograr su ampliación ilimitada en el orden del espacio. De tal ley no puede ser exceptuado el imperialismo soviético, tanto más cuanto que, como lo hacía notar sagazmente Norman ANGELL, dispone de un artilugio inédito en el mundo de la diplomacia: el empleo de las quintas columnas, que, como decía acertadamente Agustín DE FOXÁ, están integradas por paracaidistas, ya posados en tierra y dispuestos a entrar en acción cuando reciban las órdenes oportunas. No debe asignársele una influencia excesiva a las apreciaciones de Norman ANGELL, que tanto han impresionado al mundo occidental, ya que, a nuestro entender, esas quintas columnas son portadoras de su debilidad epilógica, puesta al desnudo, cuando en ciertos sectores de las masas extra-soviéticas se afirma la convicción de que el quintacolumnismo no es más que el instrumento de un imperialismo a cuya consecución aspiran con más ahínco sus propugnadores. Ello explica la serie de defecciones que están registrándose actualmente en determinados partidos comunistas, apartamientos que han de considerarse, más que como reflejo de disidencias doctrinales, como resistencia a convertirse en instrumentos de una política expansiva desde Moscú perfilada y drásticamente impuesta.

Ya en otra ocasión (1) hacíamos notar la diferencia de destino del imperialismo, según se asiente éste en el dominio del mar o de la tierra; el primero, en contraste con el segundo, va necesariamente de la sujeción a la manumisión, en tanto el segundo se construye mediante la sumisión integral de pueblos que, habiendo sido libres, pierden su independencia para pasar a la condición de pueblos satélites; en tal sentido el oceanícola es por destino un factor de paz futura; el terrestre no conoce ni puede conocer más destino que el de guerra, ya que la supeditación impuesta no puede ser indefinidamente extensible en el orden del tiempo ni acrecentada en el espacio.

Las apreciaciones que anteceden esperamos que el lector no las con-

(1) Véase el capítulo VIII (a. f.) de mi libro «El Pacto del Atlántico.—La tierra y el mar frente a frente». 685 págs. Instituto de Estudios Políticos. Madrid, 1950.

sidere como manifestaciones dialécticas refutables y ocasionales. Descansan en la experiencia histórica, que es acentuadamente aleccionadora. Brindemos unos ejemplos.

Refiriéndonos al Imperio de más acentuada prolongación en el orden del tiempo y de más clara supervivencia, el británico, recordemos las siguientes experiencias: 1.^a, estamos en 1920; acaba de constituirse el llamado III Imperio británico, integrado por Dominios; aun no había llegado la hora de perfilar la carta constitucional de esa nueva entidad, que nos será ofrecida después en el Estatuto de Westminster; ello no obstante, los Dominios llegan a imponer su criterio a la ex-metrópoli cuando Inglaterra piensa en prorrogar su tratado de alianza con el Japón, en vigor hasta 1921; 2.^a, lo propio sucede en el Oriente Medio. Lloyd George quiere apoyar la loca aventura de Venizelos en Asia Menor, frente a la Turquía naciente de Mustafá Kemal Bajá; la aventura no cuenta con la aquiescencia de ciertos Dominios y Gran Bretaña debe rectificar su política, preparando así la exclusión de Grecia de aquellas tierras asiáticas y la conclusión de la Paz de Lausana de 1923. Otro ejemplo nos lo ofrece la O. N. U. con sus experiencias, según hemos tenido ocasión de señalar anteriormente. Recientemente, a propósito del problema coreano y de la actitud a adoptar frente a la agresión china consumada, en el seno de la Comunidad británica, pese a una especie de declaración coincidente, publicada en Londres al clausurarse la reunión de Primeros Ministros de la *Commonwealth*, declaración que es un modelo de equilibrio dialéctico, la India, muestra su disentimiento respecto de Inglaterra y vota en contra de la moción norteamericana que Gran Bretaña respalda. Tales experiencias no podrán registrarse en el seno de la O. N. U. en lo que al bloque soviético atañe. Todos los Estados satélites votan indefectiblemente con Rusia. No existe posibilidad de disentimiento, porque ello sería incompatible con algo consustancial en la U. R. S. S. No hay disidencia posible, ya que ello contradiría la ley física, a virtud de la cual los satélites, si responden a la condición de tales, han de girar sumisa e indefectiblemente dentro de la órbita del astro de primera magnitud. Esa coincidencia impuesta, que aparentemente puede dar la impresión de unidad y fortaleza, como todo aquello que se apoya en la coacción, se resquebraja cuando falta esa fuerza predominante.

La coyuntura de las potencias occidentales radica en la superioridad

de las mismas, en el aire, en el mar y en su organización industrial, así como en el volumen de materias primas a su disposición. Esos elementos, por tanto, han de ser valorados como constituyendo un conjunto cuya suma pone en manos de sus titulares la potencia. De ahí el error en que han incurrido cuantos han querido valorar la superioridad aérea y naval como elementos que de por sí pueden decidir una lucha, pugna que, en definitiva, ha de ser librada en tierra firme. Tal error de visión lo han padecido los talasocratas y aerocratas de última hora, a la cabeza de los cuales es preciso situar a Hoover, cuyas doctrinas merecen un debido análisis, más que por su valor sustancial por el eco que han despertado y la confusión que han sembrado en ambas orillas del Atlántico. Pero antes de abordar su estudio e intentar su diseción, a los efectos de situar debidamente el problema, estimamos precisas unas advertencias preliminares.

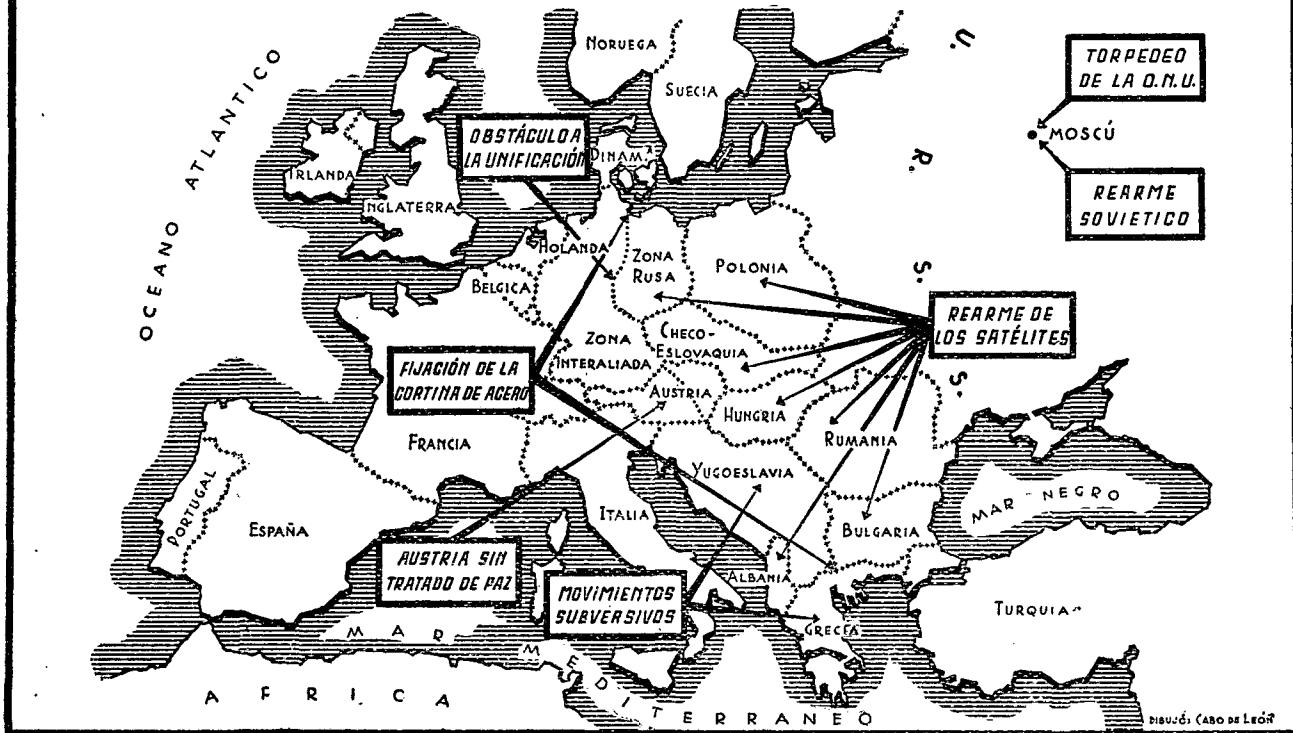
A propósito de las declaraciones de Hoover se han deslizado errores calificativos que es preciso rectificar, si no queremos correr el riesgo de incidir en esa confusión que de tal modo paraliza al mundo libre. Las dos versiones que por exigencias de clarificación estimamos ineludible rectificar, son las siguientes: Primera, en Hoover culmina el aislacionismo norteamericano, que, sabiéndose en estado preagónico, reacciona con aquel estertor típico de lo que se va de la vida. Segunda, Hoover es la tesis y Eisenhower la antítesis; el primero quiere tornar al repliegue norteamericano; el segundo considera que en Europa radican las posibilidades epilogales de la hora presente. Veamos hasta qué punto son aceptables ambas versiones.

En lo que atañe a la primera interpretación, debemos decir que la tesis de Hoover no es de aislacionismo, sino de abandonismo. El propio Hoover se ha cuidado de afirmar, con notoria y simbólica insistencia, que no era aislacionista, aun cuando al pronunciarse en tal sentido no expresó toda la verdad, sino una parte de la misma, no seguramente por mala fe dialéctica, sino porque el propio Hoover no logró percibir a qué consecuencias conducía su bien conocida tesis. Si el lector de estas páginas considera que entre aislacionismo y abandonismo no hay más que una diferencia de rótulos y no una desemejanza de contenido, no vacilamos en aseverar que es imposible compartir tal identidad calificativa. La diferencia que media entre abandonismo y aislacionismo es sustancial. El aislacionismo presupone entera libertad

de acción en quien lo propugna y tiene la obsesión de practicarlo; quiere decirse que el aislacionista no ha contraído ningún deber de ayuda y solidaridad con el mundo exterior; tal era el caso de Jorge Wáshington al redactar su «Mensaje de Adiós». Por el contrario, consideramos abandonista al que deserta del cumplimiento de un deber, especialmente cuando esta obligación ha sido pactada de modo inequívoco, como lo es actualmente el caso de los Estados Unidos respecto a la Europa occidental. De tal modo que el abandonismo lleva indefectiblemente implícita la práctica de una deserción. Hoover es un abandonista, no un aislacionista, y precisamente en ello radica el riesgo que implicaría aceptar su tesis como norma de conducta, ya que el aislacionista de hoy, por el carácter anacrónico de su ademán, no representa una coyuntura de adhesión por parte de aquellos que pudieran inclinarse a respaldar sus puntos de vista. El abandonista, por el contrario, se apoya en la deserción, ademán que no puede verse desactualizado por la acción del tiempo, como es el caso del aislacionista. Ello explica que las ideas abandonistas, defendidas por Hoover, encierran un mayor grado de peligrosidad que las aislacionistas de un Taft o de un Kennedy.

Resta la segunda interpretación, que no la consideramos más convincente que la primera: Hoover, encarnación de la tesis, y Eisenhower, de la antítesis. Uno y otro, a nuestro entender, coinciden en la defensa de la técnica del parapeto, sin más diferencia que lo concerniente a su instalación en el espacio. Para Eisenhower el parapeto está en esta orilla del Atlántico; para Hoover en la orilla opuesta; no habrá, pues, más diferencia entre una y otra construcción que la concerniente a su respectiva instalación en el espacio. Eisenhower quiere enfrentarse con el presunto adversario en el área inmediata al mundo que el presumible agresor controla. Hoover considera que existe un sector de tierra firme, próximo al área, territorial o satelitizada, de la U. R. S. S., que estima indefendible, y por ello propugna la concentración de la capacidad defensiva norteamericana en tierras del otro lado del Atlántico. Resulta inexplicable que Hoover quiera utilizar el dominio del mar y del aire apoyándolo en el complemento de Inglaterra, el Japón y Filipinas, para así construir lo que él denomina Gibraltar de Occidente. Dominar el mar significa controlar un camino, y las ru-

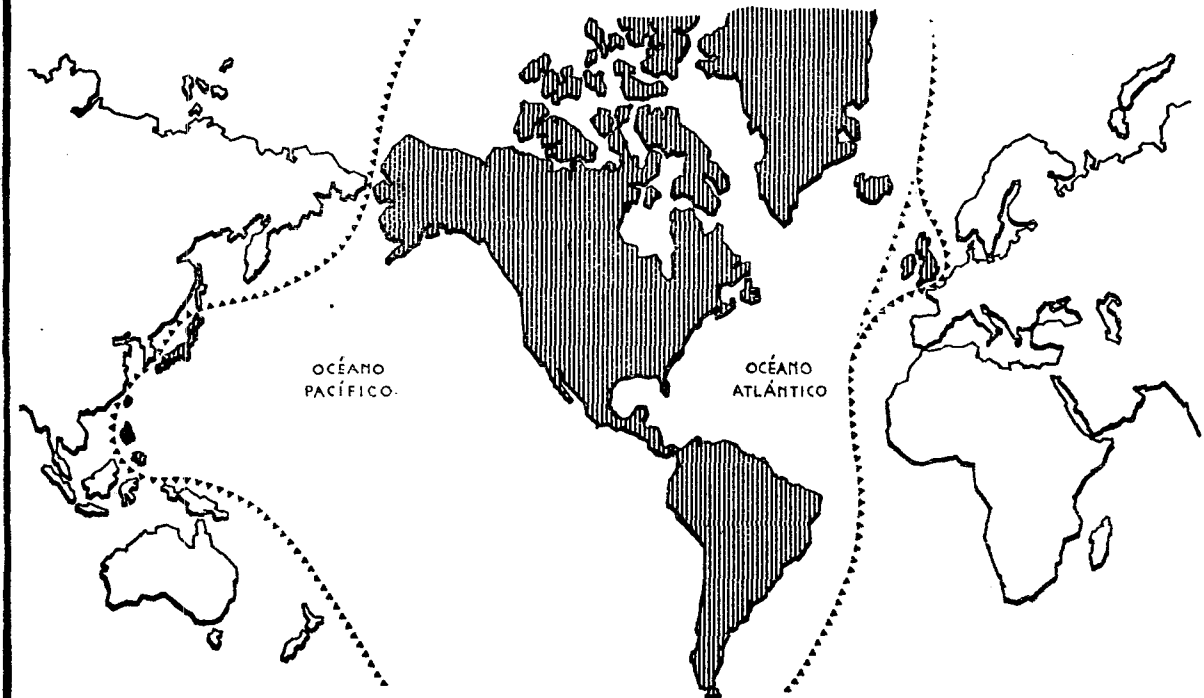
**EL RIESGO QUE LA GUERRA FRIA SIGNIFICA PARA LA EUROPA OCCIDENTAL
 CUYO ABANDONO POR LAS FUERZAS NORTEAMERICANAS DE OCUPACION
 SUGIERE HOOVER**



tas existen para conducir a una meta y no para despojarlas de su condición de posibilidades de ataque. De tal error nos brinda Hoover muestra evidente en su declaración de 9 de febrero de 1951, concretada en 10 puntos; entre ellos figuran los siguientes: «Norteamérica no debe crear ejércitos de tierra para Europa y China.» Hoover considera (punto 2.º) «que si los europeos fuesen atacados, Norteamérica debería preparar y emplear tal poder aéreo y naval que pudiera paralizar el ataque, en espera de que los agredidos cuenten con suficiente capacidad de resistencia». Ello significa algo tan extraño como lo sería el afirmar que una ofensiva en tierra no sólo puede ser contenida por la fuerza aérea (no adivinamos cómo pueden encerrar ese poder de contención las escuadras, salvo en las costas o en sus proximidades, y si las fuerzas rusas llegasen a las costas del Atlántico, ello implicaría la ocupación de Europa), sino ofrecer a los socorridos un parapeto tan firme, que desvanecería el mal recuerdo de la línea Maginot, de tal modo que quienes padecen inferioridad numérica (175 divisiones rusas contra 30 occidentales) encontrasen en esa protección aérea espacio de tiempo para instruir, armar y organizar fuerzas, no en disposición de actuar en el período de la ofensiva. De todos los puntos de vista de Hoover, el más peligroso es el 5.º: «Hay quienes piensan que Norteamérica debería enviar sus divisiones a Europa aun antes de que se produzca el ataque. Yo les incito a que esperen hasta que un poderío militar haya sido creado en la Europa misma y existan pruebas de que los europeos han resuelto sus diferencias.» Esta última frase de Hoover debe ser considerada atentamente. Habla Hoover genéricamente de eliminar las discrepancias europeas; de éstas, las más graves, no son las que puedan originarse en el seno de las naciones occidentales, sino las discrepancias a propósito de la participación de Alemania en el rearme, planeado y en vías de ejecución. Ahora bien, Hoover debiera recordar que las discrepancias no se dan tan sólo en Europa, sino en la propia Norteamérica, que sólo en el espacio de tres meses ha evidenciado su falta de fijeza respecto del rearme alemán, considerándolo primero como inaplazable y reputándolo después de diferible. Pero aparte lo que antecede, es preciso considerar la tesis del parapeto esgrimida por Hoover y que sintetiza en el primero de lo que él denomina principios de acción: «La base de nuestra política nacional debe tender

a preservar para el mundo este Gibraltar de la civilización occidental.» Ello se conseguirá, según Hoover (principio 3.º), «armándose los Estados Unidos hasta los dientes, en el aire y en el mar». Quien así arguye se produce como un talasocrata e ignora al sustentar semejante punto de vista lo que la experiencia histórica enseña a propósito de la política dimensional de las talasocracias, que prácticamente no tiene límites en el espacio y virtualmente se extiende a los cinco mundos y a los siete mares. «Sin género alguno de duda, podemos controlar con nuestras fuerzas aéreas y navales los océanos Pacífico y Atlántico, una frontera en Gran Bretaña—si quiere cooperar—y la otra en el Japón, Formosa y Filipinas» (principio 2.º). Habla Hoover de controlar los dos mares esenciales del mundo, pero su control no suponemos que sea un fin en sí, sino el presupuesto necesario para realizar acciones, no de parapeto, sino de extensión. A Hoover lo que le falta es aquello que los alemanes denominan *Weltanschauung*, su visión es localista, y ello le conduce a sentar consecuencias desprovistas de poder percatante. Así nos dice, a propósito de la acción bélica en Corea: «Es incuestionable que los Estados Unidos han sido derrotados en Corea por la agresión comunista. No hay fuerzas adecuadas en el mundo para repelerla. Aun en el caso de que sacrificáramos más soldados norteamericanos para crear una cabeza de puente, nunca podremos cumplir la misión que nos han asignado 50 miembros de las Naciones Unidas. Empezar una lucha contra la tierra firme comunista, sería adentrarse en una guerra sin victoria y sin término; intentar hacer la guerra en tierra a esa masa comunista sería una locura; equivaldría a cavar la tumba de millones de americanos y al agotamiento de este Gibraltar de la civilización de Occidente.» Hoover escribía lo que antecede, impresionado seguramente por la marcha de los acontecimientos militares en Corea, a la sazón favorables a los comunistas; pero la fortuna es tornadiza, y si hoy nuevamente Hoover se inspirase en la inmediata trayectoria de los hechos, probablemente no defendería con tanto ahinco la tesis del parapeto. La experiencia coreana ha de ser considerada en sí misma, pero también más allá de su área espacial, y lo que en este segundo aspecto enseña es, sencillamente, que la doctrina de los parapetos a lo Hoover implica una total inversión de los términos del problema tal y como se plantea. A la doctrina del parapeto debe oponerse la in-

DOCTRINA HOOVER



interpretación, a base de las repercusiones y hoy ya nadie duda que en Corea se está ventilando algo más que la imposición de sanciones a un agresor o el epílogo de una batalla en aquella península. El eco de Corea es fácil de registrar y por cierto en bien alejadas latitudes; una serie de síntomas concurren en el sentido de reforzar nuestra tesis, a virtud de la cual el problema no consiste en construir una serie de parapetos en el mundo, más o menos desconectados entre sí, sino en considerar al mundo entero como un parapeto. Hoy las repercusiones de lo que está sucediendo en Corea se registran en la propia China (procesos y depuraciones), en Checoslovaquia (detención y enjuiciamiento de Clementis), en Italia (defecciones en el partido comunista), en Indochina, donde las fuerzas de Hoh-Chi-Min han sido contenidas, planteándose al Gobierno de Pekín la disyuntiva de lanzar una ofensiva en el sudeste asiático o dejar que las fuerzas de Hoh-Chi-Min se adentren en un callejón sin salida. Afirmar que esos ecos indican el próximo tambaleo del comunismo sería exagerado; pero sostener que el Kremlin está acusando actualmente lo que la situación incierta de China en Corea significa, nos parece incuestionable y lo mismo podemos decir respecto a la fortaleza dialéctica del dilatado frente de la guerra fría.

Hoover señala fronteras a la talasocracia que propugna; las fronteras no pueden significar otra cosa que el alcance espacial máximo de esa organización oceánica controlada por los Estados Unidos y respecto de la cual Hoover considera a Inglaterra como un complemento. Aparte de que no sabemos hasta qué punto Gran Bretaña se resignará a desempeñar ese papel apendicular, existen síntomas de los cuales cabe deducir que los Estados Unidos no han interpretado exactamente cómo han de desempeñar el papel que Hoover les asigna en el mar y en el aire. De la potencia naval de los Estados Unidos nadie puede dudar: 3 acorazados, 27 portaaviones, 19 cruceros, 250 destroyers, un centenar de pequeños buques, 14 grupos de aviones embarcados de 100 aviones cada uno y la construcción, en proyecto, de un superportaaviones de 57.000 toneladas, capaz de servir de base a los aviones pesados, portadores de bombas atómicas. En potencia, nadie puede discutir a los Estados Unidos su papel de *leader* de los mares. Pero una cosa es disponer de la fuerza y otra captar adecuadamente el problema de su

empleo. Precisamente estos días se ha llevado el problema a la Cámara de los Comunes, originándose un debate que algunos han interpretado como resistencia británica a renunciar totalmente al imperio de los mares. No se trata tan sólo de un problema de prestigio, sino de algo más trascendente. Se ha creado el cargo de jefe supremo de las fuerzas navales de la comunidad atlántica, que se dice recaerá en la persona del Almirante norteamericano William M. Fechteler, y, contra lo que se afirma, no se trata de asignar para desempeñar dicho alto mando a éste o al otro Almirante, sino que el problema se plantea, en sentido más fundamental, al indagar si la designación de Eisenhower como jefe supremo de las fuerzas terrestres del mundo atlántico, puede realizarse en otro jefe en el mar. A ello se oponen objeciones atendibles. Se dice, de un lado, que Norteamérica no puede comprender lo que sería la inquietud de una Inglaterra bloqueada, y que por ello los llamados «mares británicos» son tan vitales para Albión como esa fortaleza norteamericana de que habla Hoover. Se afirma, al propio tiempo, que la marcha de la guerra en el mar no encierra las mismas características que en tierra, ya que no existe en los océanos un frente permanente y delimitado, sino que éste variará fundamentalmente a impulso de las circunstancias; de ahí la dificultad de abarcar, por un mando superpuesto, toda la complejidad de la guerra marítima, con sus vaivenes y la falta de fijeza de sus zonas vitales. Esta objeción, si algo quiere significar, es lo siguiente: que el solo ademán encaminado a proponer la designación de un jefe supremo para las fuerzas navales de las naciones occidentales revela que la sugerencia no descansa en un previo y exacto conocimiento de la misión que habrán de desempeñar esas fuerzas navales coaligadas. Ello parece constituir un serio reparo a las doctrinas talasocráticas de Hoover.

El Gobernador de New York, Thomas E. Dewey, en abierta discrepancia con sus colegas republicanos, ha informado ante los Comités senatoriales de Relaciones Exteriores y de Servicios Armados, el 24 de febrero. Una parte de su discurso está dedicado a demostrar el carácter insoslayable de la interdependencia y el error que implicaría propugnar en la hora actual la tesis del aislacionismo, del abandonismo y del parapeto; a unos y a otros se les designa en Norteamérica con la denominación de sepultureros (*Grave-diggers*), y en la denominación se abarca

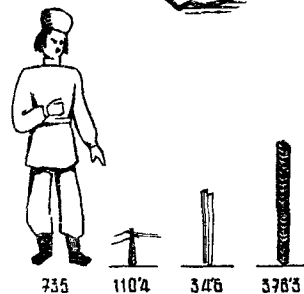
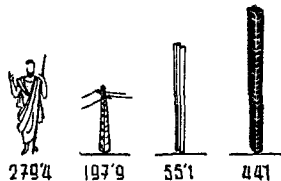
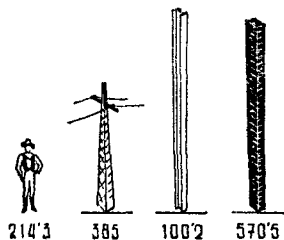
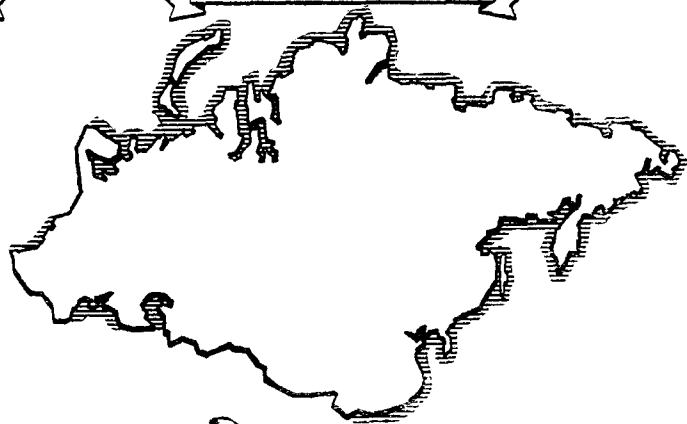
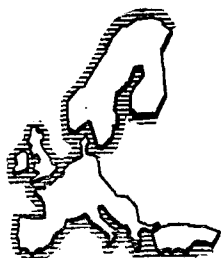
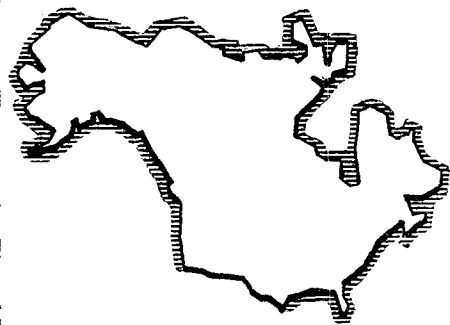
a Joseph P. Kennedy, a Taft y a Hoover, por considerar que su tesis implicaría el suicidio de los Estados Unidos. Dewey, en un extenso discurso, abordó, entre otros, un problema específico: lo que los Estados Unidos dependen del mundo exterior, tanto para sus industrias bélicas como para las pacíficas. Se trata de alegaciones numéricas, cuya elocuencia aritmética vale tanto como derramar un jarro de agua fría sobre los que, cual Hoover, creen posible construir un parapeto norteamericano, inconquistable, con solo los medios específicos de los Estados Unidos. El problema que Dewey aborda se descompone en dos subproblemas: 1.º, lo que significaría para Norteamérica el que Rusia invadiese y ocupase Europa; 2.º, la posición aflictiva de los Estados Unidos, privados de la cooperación europea. Es impresionante saber que los Estados Unidos dependen en un 100 por 100 del mundo exterior, en estaño, cromo y fibras vegetales; 27 por 100 en cinc y cobre; 92 por 100 en manganeso y cobalto; 73 por 100 en tungsteno; 34 por 100 en plomo; 51 por 100 en caucho (descontado el caucho sintético). Dependen también del mundo exterior en platino, seda, mica, grafito, diamantes. Pero aun es más impresionante el segundo de los dos citados problemas. Digamos escuetamente aquello que hace relación con el acero, el manganeso, el uranio, el carbón, el petróleo y la energía eléctrica. Entre Europa y Norteamérica producen anualmente 143 millones de toneladas de acero, frente a 31 millones Rusia y satélites; pero si Rusia ocupara Europa occidental, dispondría de 77 millones frente a los 96 millones norteamericanos. Uranio: del uranio depende la producción de la energía atómica; el mayor yacimiento de uranio está en el Congo belga; si Rusia invade Europa y Bruselas se convierte en capital de un Estado satélite, los Estados Unidos o debían conquistar el Congo o verse privados del uranio en la medida deseable. Carbón: producen Norteamérica y Europa, conjuntamente, 1.150 millones de toneladas anuales; Rusia, 250 millones; si Rusia conquista Europa, tendría a su disposición 750 millones de toneladas frente a los 650 millones de los Estados Unidos. Petróleo: Europa occidental, prácticamente, no produce petróleo, pero si Norteamérica pierde Europa, perdería al propio tiempo el Mediterráneo y el Oriente Medio, yendo a parar a manos rusas los mil millones de barriles que producen anualmente los yacimientos persas y árabes. No se olvide que uno de los elementos de

EL INCREMENTO DE POTENCIA QUE SUPONDRIA PARA RUSIA LA TESIS ABANDONISTA NORTEAMERICANA, QUE ENTREGARIA EL POTENCIAL EUROPEO A LA U. R. S. S.

NORTEAMERICA

EUROPA OCCIDENTAL

RUSIA, CHINA Y SATELITES



POBLACION EN MILLONES DE HABITANTES



ELECTRICIDAD EN MILES DE MILLONES DE K.W.



PRODUCCION DE ACERO EN MILLONES DE T.M.



PRODUCCION DE CARBON EN MILLONES DE T.M.

contención de la inclinación expansiva rusa es su déficit de acero, petróleo y uranio para necesidades bélicas. Energía eléctrica: Europa y Norteamérica producen anualmente 582.000 millones de kilowatios hora; Rusia 110.000 millones de kilowatios; Europa, ocupada por Rusia, pondría a disposición de la U. R. S. S. 307.000 millones de kilowatios hora. Manganeso: se ha dicho que acero sin manganeso es igual que navegar con una brújula desprovista de aguja imantada. Prácticamente, Estados Unidos carecen de manganeso (si se exceptúan los yacimientos de Minnesota y Gun Flint); Norteamérica se aprovisiona de manganeso en la Costa de Oro, en Marruecos y en la India. Sin manganeso se paralizaría el 60 por 100 de la industria de acero norteamericana y en la misma proporción la industria del automóvil, la agrícola, engendrando ello unos 30 millones de obreros sin empleo. Bauxita: es esencial para la producción de aluminio; sin aluminio no hay aviación; el 60 por 100 de la bauxita norteamericana procede de Surinam y de la guayana holandesa. La columbita, imprescindible para la producción atómica, viene de Nigeria. Decía Napoleón que el soldado andaba sobre su estómago, pero añade Dewey, que el soldado puede caminar sin calzado, y el 100 por 100 del quebracho, necesario para la curtición, proviene de la Argentina.

De los datos numéricos citados deducía Dewey las siguientes consecuencias: «América, considerada como una fortaleza, constituye una ilusión. Desearía que así fuese, ya que de ese modo podríamos resolver fácilmente muchos problemas. Pero no es esa la realidad. Es evidente que nuestra industria padecería de agobio y que llegaríamos a la indefensión, sin el aprovisionamiento de materias básicas, que nos vienen de todo el mundo: de India, del sur de Asia, del Oriente Medio y de Sudamérica. El mundo libre es indivisible; la pérdida de una de sus partes vitales es la pérdida de una parte del organismo viviente de la libertad humana. Debemos vivir en la realidad de este duro mundo, tal y como existe; como decía Benjamín Franklin hace ciento setenta y cinco años: seremos colgados todos o pendidos separadamente. La defensa de América está en la India, en Africa, en Sudamérica, en Asia. Se encuentra acaso primordialmente en Europa y el Japón. No vamos a mantener o reforzar nuestras fuerzas en Europa

por motivos de cortesía o de caridad. Lo hacemos como necesario a nuestra propia perseveración.»

He ahí una concepción ecuménica del problema internacional en la hora presente; la única que es defendible; nadie duda que la paz y la guerra son indivisibles, y quienes lo ponen en tela de juicio actuarán como sepultureros (*grave-diggers*), no sólo de su país, sino del mundo cristiano. A ese epílogo conduce la doctrina unilateral de los parapetos. Tanto del parapeto europeo (Eisenhower), como del parapeto atlántico-Pacífico (Hoover).

CAMILO BARCIA TRELLES